DE MIS CUADERNOS DE TRABAJO

POR

ENRIQUE AZCOAGA

Hace algún tiempo se me preguntó:

—¿Será legítimo estigmatizar al desinterés de lo estético bajo el nombre de formalismo?

Y respondí:

—Lo estético, verdaderamente desinteresado, no es nunca formalismo. Sin embargo, en nombre de muchos y muy reprobables «desintereses estéticos», se cometen demasiados crímenes, se incurren en demasiados contubernios con intereses putrefactos, y ello debe ponernos en guardia. Si el escritor y el artista en cualquier sociedad es una modesta, regular o magnífica representación de la verdad, de la vida o del espíritu —puesto que crea entre otras cosas para aproximarse a tan altísimos valores—, no puede ser nunca formalista. Bajo cualquier sospecha de formalismo, hay un *agente de lo descompuesto*. El creador, por lo general, en desacuerdo con la imperfección de la sociedad donde fatalmente vive, no puede creer que la misma llegue a dignificarse con sus «perfecciones formalistas», con sus «retóricos atildamientos». No debiendo aclarar que cualquier artista de nuestro tiempo sabe que todo el que se refugia en formalidades literarias o artísticas hace el juego en las sociedades más distintas, a lo menos noble —aunque más aparente— de ella...

☆

También se me preguntó:

—¿Se considera integrado o no en la sociedad en que vive?

Para que respondiera con toda libertad:

—No; no estoy integrado en la sociedad que me ha tocado en suerte. Por lo que repito constantemente con Camus: «me repugna el mundo que vivo; pero me siento solidario de los hombres que sufren dentro de él».

☆

Aquellas respuestas se complementaban con la inmediata:

—Naturalmente que la sociedad merece los esfuerzos del artista... Porque son muchísimos los descompuestos y corruptos en las socieda-

des estancadas y corrompidas. Y porque el artista, como el escritor, aparte de crear para su mejoría y desmediocrización forzosas, no puede creer que en el más putrefacto clima social imaginable haya desaparecido el hombre fértil, el hombre auroral, el hombre mañanero. Si lo admitiese, no existiría como creador en el profundo e importante sentido de la palabra.

★

El creador, sin embargo, no puede someterse a ningún *dogma,* sino desarrollarse grandiosa y dedicadamente con arreglo a un *sentido.* El escritor o el artista, después de escrito algo tan perogrullesco, tiene que tener buen cuidado de no vivir vinculado a la más esterilizadora de las decandencias, mientras cultiva un sentido de la «libertad» romántico o retórico. En la sociedad que actualmente vive —y me refiero, como es lógico, a la capitalista—, sería imbécil o muy poco inteligente por su parte, si no advirtiese que algo huele a podrido en ella desde hace tiempo, que algo definitivamente acaba. En caso de descomposición tan absoluta como la del capitalismo, que en tantas ocasiones le desmoraliza, está obligado a señalar tan dramático suceso y propugnar una aurora, un renacimiento, un punto y aparte, que no tiene por qué ser «dogmático» ni «sectario». Con la valentía y el vigor suficientes para que nadie confunda su deseo de una «reactivación social» inexcusable, con un embanderamiento que la mayoría de las veces convierte a los seres humanos en agentes. Con la libertad intelectual y el riesgo fatal en este caso que le permita soñar un mundo mejor y más libre, sin necesidad de hacer el juego a los sectarios estrechos, o a esos amplios y cínicos decadentes que a pesar de su reaccionarismo desbordante, hablan de la libertad como de una marca de *whisky.*

★

Cuando la sociedad no cree más que en su mal pagada policía, puesto que carece de sentido, toda lealtad por parte del creador a un verdadero, noble sentido, resulta fatalmente revolucionaria.

★

La decandencia de nuestra sociedad es tan evidente, que sus devotos, generalmente muy corrompidos, confunden *orden* con *caos al jugo policíaco.*

En el jugo anacrónico, descompuesto, subsisten encantados los cómplices, los impostores, los *nominales*... Y se encuentran desterrados, no *los mejores* —como en tantas ocasiones aseguran los crudos e irresponsables—, sino los que pretenden con hondo afán solidario, esa *mejoría* que haga imposible el hombre nominal, la sociedad nominal, la justicia nominal...

☆

Las sociedades anacronizadas se permiten el lujo de un teatro «fuerte», «violento», hasta *despiadado*... Aunque sean alérgicas al mejor de la hora, cuando les recuerda: «El hombre aún no ha nacido. Somos bestias, fieras humanas. Nuestro siglo ha sido disforme o criminal. El animal se ocultaba en los ojos de ese hombre, mi prójimo, y yo golpee, maté para defenderme. El odio y el amor viven juntos. Nuestros amores son odios mortales. Vendrán siglos felices. El hombre será humano.» (Sin necesidad de excesivas luminotecnias, montajes refinados, etc., creadores de esos climas escénicos, donde lo más libre es el lanzamiento de tacos y tacos.)

☆

Se *compromete* quien *acusa,* no el que *denuncia* al paso... En la poesía social hay, como consecuencia, mucho «denunciante romántico»... Cuando de lo que se trata es de acusar con el vuelo creador; acusar al envilecimiento con un afán solidario, base de una desinfectante esperanza...

☆

La denuncia tiene muchas veces algo de conformismo. La acusación, incompatible con los honores nominales, confía en «el honor de ser hombre», al que Malraux alguna vez se refiriera.

☆

Cuando los Sanchos del mundo presente —seguros de su anacronismo— se muestran reacios a «quijotizarse», se necesita la furia ejemplar de quien nació para reavivar en los hombres la generosidad y lo heroico. En momentos de mostrenquismo universal, de estancamiento moral y ético, siempre confiamos en que Don Quijote vuelva a batallar. Los infinitos Sanchos y Sanchísimos ensoberbecidos, se preguntarán atontolinados: «¿con qué objeto...?». Y los artistas y los escritores

deben responderles: «para que no viváis de lo que llamáis triunfo; para que no os anquiloséis buscando éxitos, que, convirtiéndose en negocios, os hagan rentistas de lo menos rentable del mundo: la fuerza ciega...»

☆

El poeta más traidor a los hombres es aquel que no se atreve a reconocer su *doble compromiso* con los hombres y con la belleza.

☆

«Estamos en un momento crepuscular y definitivo —me dice J. G. A. en una de sus últimas cartas—: Cada uno con su luz a cuestas...» Con la luz suficiente para soñar una aurora en la que no tendremos ni voz ni voto, y ante la que asumimos —querámoslo o no— el más crepuscularío de los destinos.

En el mundo de lo nominal hay algo tan inadmisible para mí como el *reaccionario satisfecho:* el *revolucionario nominal,* el *revolucionario de salón,* ignorante de que todo lo que en un creador no es *manera de ser* (traducido a veces en *manera expresiva),* suena a impostura.

☆

Entre los anacrónicos y conformistas, pululan galleando una serie de señoritingos sin suficiente contraste intelectual, sin manera de ser arrebatadora, tan ridículos en nuestros días como los iconoclastas jubilados de arrugadas vanguardias. ¡A los que no se puede hablar, por ejemplo, de Ortega! Probablemente porque el escritor fascinante, dijo alguna vez: «todo lo que en España se ha hecho, lo ha hecho el pueblo».

☆

¿Se acuerdan los vanguardistas de la «Generación del 27» lo poco *moderno* que resultaba durante los años 30 hablar de Antonio Machado y Miguel de Unamuno...? ¿Cómo es posible que hoy, para glorificar a Antonio Machado se tenga que denigrar a Juan Ramón Jiménez...? Lo de ayer fue un problema esteticista; y agua pasada... Lo de hoy, obsesión o estrechez de muchos *populistas* enanos, que en vez de resignarse a realizar «servicios auxiliares», llegan al colmo de intentar prosélitos para ideas respetabilísimas, con metáforas sórdidas y estrofas descuajaringadas.

Siempre que se hable de proselitismo, hay que tener mucho cuidado intelectualmente del *arrastre por contaminación*...

☆

Los políticos, pueden arrastrar contaminando... Los intelectuales, sólo cuando renuncian de arranque, a la *salud* que les hace incompatible con lo anacrónico...

☆

Los políticos son siempre, y que nadie lo olvide, funcionarios más o menos competentes... Los poetas y los artistas, gentes alejadas de los escalafones. Prescindir de la política, como de la dignidad en lo personal, sólo es posible a los indignos. Vivir obsesionados por «lo político», cosa distinta a sentirse integrado por un sentido o a denunciar la politiquería corrompida de cualquier manera, uno de los *hobbies* más sospechosos de ciertos intelectuales.

☆

«Antonio Machado para todos, sí; menos para los desintegrados del *todo* de España; menos para los *nominales defensores* de lo que supuso su voz y su conducta.»

☆

En Machado aprendí que el poeta es ese hombre que cada día trata de ser más humano, en un mundo que cada jornada lucha por sentir menos el envilecimiento de lo mediocre. En él aprendí también que si la lucidez incuestionable del verdadero poeta se empeña en denunciar implacablemente la pequeñez humana, es por algo tan grave, aunque a algunos pueda resultar extrapoético, como por estar convencido de que la sociedad, de que cualquier sociedad entiéndase bien, nace, se desarrolla y corrompe o anacroniza. Cuando un hombre mediocre como todos los demás, siente la llamada de la poesía en virtud de su *encaminamiento,* de su sentido de lo vital heroico y exigente, no trata como tanto y tanto desnutrido minoritario hace, de apartarse de la sociedad, de huir de la sociedad, sino de dejar bien claro que los mediocres son gusanos perfectos para vitalizar las corrupciones, los momentos históricos decrépitos, lo social en tanto realidad descompuesta... Y que no es lo mismo *sociedad* que *gusanera.*

Mientras las sociedades experimentan su desarrollo natural, crecen, mejoran, cualquiera puede desear, siguiendo el ejemplo de los poetas, acercarse a la poesía, convencido más o menos tarde de que toda existencia que no se realiza con una dedicación a niveles inalcanzables, no merece la pena. Pero cuando la corrupción social tienta a lo mediocre desde la vileza; desmoraliza a la criatura humana a extremos insólitos; confunde el desinterés por la poesía con un desdén inhumano y esterilizante, sólo los esteticistas, vale decir, los preocupados por «atesorar versos» como los corrompidos por dinero, se sienten tranquilos. Porque el hombre llamado poeta; el ser que agradece a sus versos el hecho de haberse sentido un poco más humano, se opone con su acento, con su actitud, a la *inflación moral,* al proceso inflacionista que surge paralelo al anacronismo de las sociedades, cuando las mismas, atacadas de suficiencia y conformismo —aunque ello parezca contradictorio—, destierran socialmente a la poesía, para adorar «becerros de oro» a la moda.

☆

El poeta, con su canto, en el que resuena lo mismo el afán de belleza, su deseo de armonía, que el sufrimiento general de los hombres y la facilidad con que los mismos se entregan a la vileza en épocas negativas, denuncia la inflación de todos aquellos que en vez de autocriticarse (íntima manera de no desterrar definitivamente a la poesía), gozan situándose de manera más cómoda, y en su exclusivo beneficio, naturalmente, puede preferir al hacer versos inclusive, una necesidad imperiosa de clamar sobre la catastrofe y las ruinas. Cuando los insolidarios, vale decir, los corrompidos por la inflación moral arriba mencionada, los poetas que sobreviven en función de una verdad con raíces muy profundas en *el sufrimiento general* desdeñado por los cínicos, acusa con eficacia constructiva. En momentos que las sociedades degeneran por la pendiente más lamentable, quienes se convierten automáticamente en conservadores humanos de un decoro a todas luces perdido, no son, sin embargo, los que a pesar de su inteligencia pertenecen más a los corruptos que a los aurorales, sino aquellos poetas que como consecuencia de su canto oponen a la descomposición social que angustiosamente viven, sentidos, razones, palabras, deseos derivados del tejido solidario con el que se vivifica y entona, a pesar de los pesares, su inmarcesible esperanza.

☆

Cuando la sociedad destierra definitivamente a la poesía; cuando muchos mediocres consciente o inconscientemente son leales a la vileza en lugar de al aliento, a los propósitos, a los afanes de superación, a

todo lo que los poetas caminando hacia la poesía en definitiva celebran, su *violencia saludable* proclama a éstos indirectamente depositarios de *lo sano*. Siendo desde «lo saludable», desde la salud que a fuerza de profundizar en la vida suponen o anhelan, cuando sugieren: una cosa es combatir lo corrompido desde una confianza en un futuro mejorado, más cerca indudablemente de la poesía, y otra reconocer que los que la destierran socialmente, gusanos más o menos brillantes de una corrupción harto evidente, tienen algo que ver con lo humano o con lo saludable. Siempre que las sociedades se consumen en su jugo por falta de proyección, su legítimo crítico no es el individuo que revela su descomposición, chapoteando muchas veces en su ambiente mefítico, sino los poetas que con raíces inexcusables en lo más incontaminado del pueblo a que pertenecen, saben que el único remedio para liberarse de la inflación indiscutiblemente conflictiva, es un encaminamiento fatalmente revolucionario a metas humanas y sociales desterradas, al ser desterrada la poesía, o lo que es más dramático, socialmente traicionada. Puede ocurrir que el esteticismo y la soberbia no permitan a muchos poetas situarse a la altura de su momento histórico. La discusión que hoy se mantiene entre los *poetas intimistas* y los *poetas sociales* para entendernos no es cosa del oficio ni de la moda, como algunos criticuelos de poco fuste suponen y mantienen, sino algo mucho más tremendo, más profundo, desde el momento que refleja el infinito peligro de los hombres normales que, una vez desterrada, olvidada casi definitivamente la poesía, creen que la vileza puede tener diferentes categorías. En instantes tan dramáticos, los que sienten abismarse en la corrupción miles de posibilidades humanas, claman por *comunicarse doblemente* con sus semejantes, porque lo joven que hay en ellos, lo incorrupto, lo posible, denuncia, por el solo hecho de integrarse en la salud mencionada, a lo caduco, lo corrompido, lo hediondo. Habiendo pusilánimes que aún se asustan cuando ciertos poetas, detenidos en su marcha hacia la poesía, detenidos inclusive —¡ay!— más de lo que fuera debido, recuerdan a sus semejantes que en todas las sociedades, cuando se produce el confusionismo siniestro de los valores, sólo hay dos clases de hombre: los cómplices del estancamiento más o menos ordenado de la sociedad envilecida, y aquellos otros que se yerguen con libertad y juventud suficientes, como representantes de la dignidad y del decoro.

Para figurar en la nómina de esa clase, a la que no me parece correcto llamar privilegiada, hay que entender la poesía como una *ética*, cosa que probablemente aprendí en mis abuelos Antonio Ma-

chado, Miguel de Unamuno, Juan Ramón Jiménez y León Felipe. Los mejores de la generación integrada por mis padres literarios —Rafael Alberti, Luis Cernuda, etc.— fortificaron mis convicciones, bamboleadas y hasta heridas en muchos casos por toda esa legión para quienes cantar tiene más de ejercicio que de sacrificio entusiasta. El canto cotidiano, consecuencia de una manera de ser, de una *renuncia encaminada* —que a esto es a lo que suelo llamar sacrificio—, no tiene nada que ver —independientemente de lo que luego resulte— con el poemilla o poematreto más o menos a la moda. Porque una cosa es «hacer versos». Y otra, aceptar como una sombra las huellas de nuestra hechura.

☆

Henry Miller ha dicho: «la poesía es cosa de los que no han perdido la fe en sus congéneres». Paul Valéry dijo mucho antes: «me inclino a creer que el ejercicio de la poesía es la busca de la poesía misma». Cuando se busca la poesía misma; cuando hacerlo no es otra cosa que una enorme fe en la vida y, por consecuencia en los hombres, hay que denunciar todo lo que la destierra; hay que declararse incompatible con todo lo que estúpidamente la niega; hay que comprender que cualquier sociedad que no necesita de la función social de la poesía para superar el punto muerto en que tantas veces incurre, merece el desprecio absoluto de los hombres que se sientan decentes.

☆

En este largo epílogo al que nos condena la falta de sentido de un sistema anacrónico, supone una obligación ser leales a la poesía, exaltar lo humano digno de ser cantado y acusar con la máxima eficacia la pacotilla esterilizadora. Lo cotidiano vivo, la dignidad humana, es la materia que hay que salvar de la catástrofe que a unos y a otros nos malogra, luchando por una aurora que abra caminos a la vida de quienes no son suficientemente humanos por el materialismo, chabacanería, asfixia y encanallamiento en que subsisten. El compromiso con la verdad y el hombre implica una lealtad a la poesía. La lealtad a la poesía late en el principio de la actitud solidaria.

☆

Descontada la poesía desvaloriza por su ocasionalidad o circunstancialismo, todo poeta que no esté montado sobre una renuncia como apuntamos, que no se dé cuenta que la gusanería rutilante confunde lo poético con el infundado refinamiento formalista, sobra en el mundo

llámese como se llame. En momentos que la mediocridad antropofágica se disfraza con máscara de oro para disimular su vileza y los desfasados tienen la pretensión de que la insania a fuerza de refinamiento se mejore, todo el que en el ejercicio de la poesía no busque la poesía misma, vale decir, versos impregnados de un acento que permitan otear un porvenir más bello, más justo y más armónico, traiciona el hombre y hace el juego a sus declarados enemigos. Sus poetas preferidos no tienen que ser los más exquisitos ni los más prosaizantes, los más angustiados ni los predicadores de ese optimismo superficial que los falsos sociales administran sin demasiada convicción por otra parte, sino aquellos en los que la profundidad de su canto, nobleza integradora que se consigue poquísimas veces, *dispongan al vuelo*. Importa, sobre todo, el *acento*... Y la *autoridad* de ese inexcusable valor.

☆

El acento de Antonio Machado, el acento mayor de la poesía contemporánea española, pese a lo que Machado tiene de sórdido, de «aportuguesado», como me decía un día su admirador Juan Ramón Jiménez, llega a tirios y a troyanos, a los que entienden su pureza y a los que prefieren lo menos profundo de sus cantares, porque la honestidad de su vida y su conducta, la profundidad extraordinaria de su experiencia, *despierta* por su autenticidad y *encamina* por su nobleza. En la poesía de nuestro poeta, la verdad verdadera dignifica incluso lo mediocre, porque todo lo que dice esta voz inextinguible no defiende ningún camino, no se plantea con vistas a un discutible proselitismo. En poesía, mucho más que defender caminos, importa estar encaminado. En la vida, aunque distingamos entre caminos dignos e inaceptables, siempre tendrá más autoridad y, por consiguiente, será más positivo aquel que, siguiendo una orientación ennoblecedora, realice su aventura sin aspavientos, de manera irremediable, en la forma machadesca ejemplar. El poeta con autoridad, busca la poesía encaminándose más y más, y denunciando, por consiguiente, lo desencaminado mediocre. La autoridad, en poetas como Machado, efunde de su poesía misma, porque en ella no se advierte —aun en pasajes caídos— los *fallos de convicción* que en muchas otras emparentadas con la arenga suelen descubrirse por desgracia. Acusar en Machado no excluye cierto *convencimiento*, una fe última en ese hombre desencaminado, al que el andaluz sopla como si se tratase de una brasa. El hombre encaminado proclama que sólo los que renuncian a encaminarse no encuentran tarde o temprano su camino.

El falso poeta, demagógico y melodramático generalmente, dice a los hombres en los que últimamente no confía: «Sígueme por mi camino; convénceme —convertido en prosélito— de la autenticidad de mi aventura...» Mientras que las autorizadas palabras de Antonio Machado parecen ser éstas: «Abre caminos a la vida, si no quieres corromperte; encamínate a lo que jamás puede desterrarse de una digna sociedad humana... Que una vez encaminado, una vez convencido de que lo humano es un trajín creador incansable, ofrecido paso a paso a la poesía, forzosamente nos encontramos...» En lo demasiado humano que la poesía descubre. En esa suprema actualidad de la poesía que persuade a sus buscadores de que todo ser incompatible con lo corrupto, con lo detenido, puede convertirse en su mañana al alcanzar la categoría de caminante...

☆

En Machado aprendí también que cuando nos sentimos ricos quisiéramos vivir. Y que cuando me sospecho maduro, escribiría sin cesar.

☆

No deberíamos escribir, hablar en público o conversar, sino de nuestra madurez: de lo que está maduro en nosotros. Puesto que la expresión legítima, aquella que equivale en una u otra forma a la riqueza, o traduce la madurez imprescindible, o se convierte en una pretensión simulatoria.

☆

Quizá he desconfiado siempre de la originalidad, porque lo más original para mí es la madurez juvenil, la madurez capaz de acreditarse con su lozanía.

☆

La originalidad, traducible por un fulgor en cierta medida infundado, no tiene que ver nada con el cautivante destello de la madurez.

☆

Lo más original del surrealismo resulta hoy, hasta cierto punto, anacrónico. Lo que no maduró al extremo ese destello del creador difícilmente encasillado, puede considerarse como un neorromanticismo.

Los espíritus ricos, que por una razón u otra no maduran, desdeñan cualquier clase de originalidad expresiva. Los espíritus inmaturos, lo mismo que los remordidos por una sospechada pobreza, consideran la originalidad como una luz.

☆

Probablemente, no se tiene derecho a otra luz que a la de la madurez.

☆

La riqueza viva, lo que aspira a integrarse en la madurez espiritual correspondiente, sólo considera originales las expresiones que despiertan en la riqueza ajena una voluntad de madurar.

☆

Lo original equivale casi siempre a una libertad expresiva. Lo maduro, a una libertad de ser.

☆

El original se siente libre en función de sus expresiones más o menos inéditas. El maduro, cuando después de ser, libera su expresión.

☆

Por lo original, nos fugamos. Por la madurez, nos libertamos.

☆

La expresión, con pretensiones liberadoras, no equivale a la libertad íntima. Aquella otra que en virtud de una realidad personal madura, de una riqueza liberada, estimula o aconseja, se debe a una más o menos madura liberación.

☆

Cuando muere el original, enterramos a un fantasma en la mayoría de los casos. Cuando muere un espíritu maduro, sembramos su imperecedera manera de ser.

Toda originalidad, en el fondo, ¿no es una mutilación precipitada? Cualquier fruto maduro, ¿no justifica entre otras cosas la incapacidad de simular de quien madura lentamente su riqueza interior?

☆

Lo original tiene una actualidad marcesible. Nada desafía, sin embargo, a lo eterno, como el destello de lo maduro.

☆

Contra la originalidad en todo caso de dos dimensiones, la originalidad de suficiente volumen. Aquella que, asombrándonos como lo inédito nos justifica y justifica al hombre en su difícil y constante tarea renovadora.

☆

Sólo el espíritu moderno (que no el explotador de la modernidad) puede permitirse el lujo de estimulaciones con su originalidad, y comprometerse a llegar a ella paso a paso.

☆

Hay una originalidad anunciadora, anticipo de la madurez, que siempre será válida. Cuando se observa en las conciencias excepcionales, cómo cumplen con su anticipada originalidad.

☆

La originalidad no responde de la inmaturez. La madurez responde de su originalidad, porque sólo le permite lo que, en definitiva, se autoriza.

☆

Frente a la riqueza de los espíritus maduros, está la ilusión de los espíritus originales.

☆

El hombre rico en vida se expresa con la originalidad que su madurez le consiente. Muchos escasos de vida mediocre, tratan de expresar, originalmente, esa promesa gratuita de la que no responden en el momento de plantearla, ni a lo largo de su compromiso.

Lo que hay que tener *comprometido* con la verdad y con el decoro humano no es tampoco —intelectualmente se entiende— lo crudo, lo dudosamente posible, todo eso que con el respetable compromiso tantos pasan el contrabando. ¡Sino la madurez controlada! Todo aquello que por el compromiso convierte a la riqueza en autoridad acreditante.

☆

Lo único que nos compromete con el hombre, no es la originalidad con que le asombramos, sino la madurez con que, en definitiva, le defendemos.

☆

La autoridad del escritor deriva siempre de su riqueza en primera instancia; y en todo momento, de su proceso de maduración.

☆

Lo menos original de este mundo es simular con un grito —carente de riqueza, sin la madurez correspondiente— una autoridad determinada.

☆

Al conformismo, no hay que combatirle a gritos, sino con maduras palabras. Lo más revolucionario en una sociedad sin la autoridad suficiente, son las «palabras autorizadas», ricas, maduras, representantes de lo auroral.

☆

La originalidad tiene algo de suicidio. La madurez supone la superación de un previsible suicidio.

☆

La expresión original —y esto se ha podido ver en el período de entreguerras como en ninguna otra época—, no supone siempre vida nueva. Sin vida nueva, sin vida rica, sin autoridad suficiente, madurar es un pomposo gritar también.

☆

A «lo moderno», a «lo vanguardista», les están saliendo literariamente unos rebrotes tan encanijados como pretenciosos. Géneros servidos por los escritores, que sin saber escribir pretenden nada menos que

ser «novelistas sociales». Por quienes ajustando la cultura a su estatura mental, no se dan cuenta que las novelas, inevitables novelas sociales, siempre son aquellas precisamente que han escrito y escriben los auténticos escritores.

☆

Siempre que una sociedad no permita la crítica beneficiosa, la rectificación social de sus individuos mejores, la labor de corrección y ajuste de la inteligencia y del arte, etc., no merece la pena. Puesto que cualquier clima social donde la lealtad a la verdad, a la dignidad, a la nobleza, al espíritu en suma, equivalga a un «quintacolumnismo», necesita de una revolución dignificadora.

ENRIQUE AZCOAGA
Conde de Peñalver, 62
MADRID